

Cuando conocí a Neruda

Por RICARDO BOIZARD (Picotón)

DE la caída de Ibáñez, el 26 de julio de 1931, nuestro país vivió una de las épocas más tempestuosas de su historia. El Gobierno de don Juan Esteban Montero sufrió ese viento de conspiraciones y revueltas que desatan las ambiciones conspirativas por un lado y las corrientes ideológicas, por el otro.

Fue el tiempo de la sublevación de la marinería en Coquimbo, el tiempo de las acechanzas estériles del thanismo, el tiempo de la revolución socialista de don Marmaduke Grove; por último, la reacción del Ejército causada de ser el instrumento de los políticos y el llamado a elecciones presidenciales y parlamentarias en octubre de 1932.

El viejo León de Tarapacá llegaba de curva a La Moneda, pero su laboriosa no consiguió en impulsar las cambios sociales del año 32, sino en volver a su nido las instituciones republicanas y poner al pie a todo intento de descuento o intento constitucional. En esa labor, como en todas las cosas del mundo, se combinaron errores derivados de la naturaleza humana, lo que no significa que, a la postre, aquel gobierno devolviera al país su tradicional salud.

En el Ministerio de Relaciones Extranjeras había un hombre respetable y singularmente espacioso: don Miguel Cruchaga Tocornal. Era un

intelectualista de renombre continental y sus sugerencias respondían al más puro estilo de la vieja y pacífica diplomacia chilena.

Pese a la elevada personalidad de Cruchaga, permanecían en los pasillos de la Cancillería los eternos candidatos a cargos comunitarios en dólares y, para ellos, había la necesidad imperiosa de crecer vacunadas por motivos fútiles y sin gran trascendencia monetaria. Se produjo en la Cancillería una especie de guerra contra todo elemento que pudiera tener oler a comunismo y si no a comunismo, a determinadas doctrinas avanzadas o simplemente socialistas y comunistas.

Brindaba, como ahora, el inevitable sectarismo en que incurren los mandatarios cuando la suspiccia y el chisme son sus únicos peligros para escazar.

En esos años, Pablo Neruda pertenecía al cuerpo consular de nuestro país y fue víctima de la razzia inmisericorde. Yo era parlamentario y naturalmente, tenía influencia en el gobierno porque defendía, como es natural, el objetivo legalista en que ésta se fundaba.

Una tarde llegó a mi casa un muchacho moreno, sencillo y directo en su trato personal. Caminaba con lenta gravedad y hablaba con un acento casi digno. Me dio su nombre y comprendí con emoción que estaba delante de uno de los grandes poetas de nuestra generación de este siglo. Con él yo a Ne-

ruda ya que por sus primeras obras, Los Veinte Poemas de Amor y el Cielo, popularizó aquellos libros de la Tala y el Farewell que adquirió como una campaña extranjera en la memoria literatura del tiempo.

Me contó que había sido destituido por el gobierno y me confesó que, a pesar de no pertenecer al Partido Comunista, como era la verdad en ese tiempo, sostenia ideas de tipo social que no se conjugaban con el régimen imperante.

Yo pedí para mí:

—Qué tiene que ver un gran poeta con las ideas políticas imprecisas?

Le contesté a Neruda de inmediato:

—Pablo, ya teníate su vida y le aguantaste que trae confianza en mí. Mañana mismo hablare con don Miguel Cruchaga y estoy segura de que U.d. será re incontrado.

Don Miguel me recibió al día siguiente con su sonrisa benévola y su singular simpatía. Le expliqué el caso, le dije que se trataba de uno de los poetas más grandes del continente, le hablé de que, para Chile, constituía un honor su presencia en el extranjero. A medida que yo hablaba, cerraba los ojos y movía la cabeza en forma afirmativa. El viejo comprendió que sus subalternos habían cometido un error y en la tarde de ese día, Pablo Neruda quedó reincorporado y designado a Buenos Aires.

Creo haber puesto un grano de arena en la tranquilidad espiritual del gigantesco poeta chileno que anhala de obtener con justicia el Premio Nobel.

Poco escribo estas líneas no por destacar mi actuación, que era justa y, por lo tanto, normal. Escribo estas líneas para trazar a nuestros días un ejemplo oportuno contra el sectarismo religioso.

Cuando conocí a Neruda [artículo] Ricardo Boizard.

Libros y documentos

AUTORÍA

Boizard, Ricardo, 1903-1983

FECHA DE PUBLICACIÓN

1971

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Cuando conocí a Neruda [artículo] Ricardo Boizard.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)